

centrarse. Pero Ud. debería hacer algo por conocerle. Si Ud. quiere yo podría hablarle.

—Yo le estaría muy agradecida y creo que la mejor manera de manifestárselo, es no quitarle más su tiempo. Pero antes de partir una última pregunta. Quiero saber su opinión sobre el problema social en Francia.

—Sólo puedo decirle que me asalta el temor que Francia no ve claro en la situación al imaginar que se trata de una crisis económica más aguda que las anteriores, pero que pasará como las otras. Mi opinión es que estamos en vísperas de un cambio bastante mayor, de una etapa de la historia tan marcada como la Edad Media o la Revolución Francesa con todas sus creaciones y trastornos. Así me inquieta ver que la Francia se empeña en continuar por el mismo camino transcurrido, lo cual puede llevarnos a un abismo. Tengo la convicción que hoy se necesitan otros métodos, otra vida, otra mentalidad, y no veo en ella la conciencia de esta necesidad. Y si la situación obliga a dar un salto temo que a Francia le falte la elasticidad necesaria para hacerlo.

Durante aún algunos minutos Monsieur Soupault y yo hacemos tennis de innatas y postizas amabilidades y las palabras «agradecida», «agradecido» van y vienen en francés puro y alterado. Creo que finalmente Monsieur Soupault se queda con la copa Davis y su verbal agilidad francesa.

Yo me voy balanceando, mi entrevista y mi languidez americana.—MARTA VERGARA.

París, Octubre de 1932.

UNA CARTA

AUNQUE no hablamos todo lo que teníamos que hablar—la charla con su lógica propia nos arrastra—después de la conversación de ayer, una hora demasiado rápida, creo entender mejor la actitud suya y la de sus amigos ahí presentes. No porque haya variado de punto de vista. Mas bien porque lo he confirmado. Pero el contacto personal, la viva voz y la presencia humana poseen esa facultad de que los papeles y las letras, desgraciadamente carecen: uno comprende y hasta llega a aceptar a los que piensan de distinto modo y no cae en las intransi-

gencias totales de quienes discuten por escrito. De ahí las amistades que se forman entre adversarios públicos cuando se conocen en los Parlamentos o las Academias y que tanto sorprenderían a los que en provincias leen las sesiones del Congreso y las noticias de los diarios. Y es que en el fondo, siempre tenemos puntos de contacto, a veces, identidad de fines fundamentales y las diferencias radican sólo en los medios de conseguirlos.

A nosotros nos sucede eso. Ud. y yo queremos—no hay que temerles a las grandes palabras—la salvación de la humanidad. Sí, es eso. Ud. y yo, es decir, dos signos, dos X, vemos y sentimos el peligro, sufrimos la desgracia presente y la futura, padecemos de la encrucijada en que el mundo se encuentra y buscamos una manera de salir. No nos mueve a ninguno el interés particular egoísta y estrecho, sino en aquella medida en que los egoísmos y los intereses de cada uno engranan con el grande egoísmo colectivo y el interés de todos. Triunfaran la derecha o la izquierda, ambos, probablemente, seguiríamos iguales, un poco al margen de los acontecimientos y de las situaciones, ni demasiado bien ni demasiado mal, algo así como espectadores que sienten el efecto de la representación más en la fantasía que en la propia carne.

Sin embargo, Ud. se inclina fuertemente hacia la izquierda y, aunque rehuse el calificativo de comunista, es lo bastante avanzado para aceptar la «socialización de los medios de producción», punto básico del cual derivan, como los efectos de la causa, todos los procedimientos revolucionarios rusos, incluso la acción directa y dictatorial.

Y yo me quedo tan a la derecha que no espero nada de un trastorno profundo, no creo en el influjo benéfico de las masas sobre la dirección política y estoy convencido de que el comunismo, si llegara a triunfar, pasado el entusiasmo del primer momento, volvería poco a poco, nada más que con otros nombres y con otros hombres—y aun eso, quien sabe—a los cauces actuales que siguen los gobiernos, con el único resultado positivo de haber dejado en el camino una inmensa pérdida de riqueza, de energía y de tiempo.

¿En qué radica la divergencia, en cual sitio exacto se apartan nuestros caminos?

Yo creo que en la edad. No me diga Ud. que casi tenemos la misma. La edad no se cuenta por años y yo lo siento a Ud. muchos, muchos años más joven. A Ud. y a los que piensan como Ud., delante de mí y de los que como yo piensan, aunque cronológicamente los papeles puedan invertirse.

Ud. cree. He ahí una gran cosa, una cosa juvenil y admirable. Ud. cree en la virtud de una doctrina determinada, el credo socialista extremo, para no darle ese título de bolchevique contra el cual Ud. reacciona, aunque me parece idéntico al de socialista integral. Ud. cree en la virtud posible de unos posibles hombres que tomarían la dirección del Estado y en la inspiración influyente de unas masas proletarias capaces de comprender sus conveniencias y de imponer el rumbo necesario para alcanzarlas.

Yo no puedo creer. Mejor dicho, puesto que siempre hay que creer en algo, aunque sea negativo, no puedo creer que las doctrinas por Ud. propiciadas, ese concepto de cultura abstracto, de justicia, de pureza, de bondad, de altruísmo, etc., tenga el poder de transformar rápidamente el mundo, ni me cabe en el cerebro que de las masas obscuras, inertes, puedan brotar la luz y la fuerza necesaria, la inspiración directora y el impulso salvador. Las masas no han hecho nunca nada. Son un simple pretexto en manos de las individualidades potentes que les imprimen su alma y las llevan. Las masas no han descubierto jamás una verdad científica ni filosófica, ni realizado nunca una obra de belleza o de arte. Son los individuos, surgidos ciertamente de la masa, pero que, en cuanto han surgido, dejan de ser masa, los que nos han proporcionado todas las cosas bellas, buenas y verdaderas de que estamos disfrutando y los que nos dieron, para desgracia nuestra, los elementos que las masas usan para destruir a esos individuos, para apagarlos y someterlos a su nivel.

Eso es lo que yo veo con terror en el avance de las doctrinas comunistas: la baja, el descenso inevitable y progresivo de la especie humana, tirada de los pies por el peso de las multitudes y sin resistencia debido al corazón humanitario que, por no resignarse a perder a algunos, los pierde a todos.

Ud. se compadece de los pobres, de los enfermos, de los débiles, de los viejos y los niños, de los fracasados de toda especie, entre los cuales divisa mil posibilidades maravillosas que ahoga un régimen mortal. ¿Quién no ha soñado ese mismo sueño? El más querido entre mis maestros de la juventud decía, en su juventud, que jamás tendría un momento de verdadera dicha mientras en el planeta tierra hubiera un solo corazón sufriente y una sola lágrima que no se pudiera enjugar. Así pensaba y escribía Renan a los veinticuatro años. Después, Ud. lo sabe, el hombre cambió. Y aunque sin llegar a la crueldad doctrinaria de Nietzsche, sus estudios y su experiencia le mostraron cuanto había de ilusión en los dolores como en las dichas, en los males como

en los remedios, en las fealdades y los errores como en las bellezas y las verdades humanas. Y entonces se hizo un poco escéptico. Un poco. Se ha exagerado el escepticismo de Renan. Creyó siempre en la inteligencia, en el valor, la dignidad y el poder de la inteligencia. Ahora está desacreditada. Hombres inteligentísimos se han empeñado en rebajarla y, naturalmente, lo han conseguido. Han hecho tan sabios argumentos contra la razón que les han encontrado razón a su sabiduría. Y entonces no queda sino un punto de apoyo, el que viene en seguida, ese segundo escalón del cerebro, el corazón, la parte sentimental, blanda, amplia, generosa. ¿Sería estrechar mucho el problema decir que de ahí proceden las revoluciones sociales, el comunismo y la crisis mundial? Yo lo creo. Las dificultades materiales son una simple consecuencia de las dificultades intelectuales y morales. El Orden subsiste siempre y, por más que hagan y digan, primero está la cabeza, después el corazón, después el vientre, las piernas, los pies. El hombre es un símbolo de la humanidad y la materia un velo representativo del espíritu. Cambie Ud. un poco los papeles, debilite o suprima el cerebro, hájele, rebájelo, y tendrá inmediatamente el predominio de todas las doctrinas trastornantes y el triunfo de las revoluciones violentas. Ud. cree y me declaró que los problemas sociales deben pensarse con el corazón. Y el joven que estaba a su lado puso una cara iluminada, sonriente, mística, para decir: Yo. . . creo en el comunismo.

Mi querido amigo, eso es lo que yo llamo juventud. ¿Le confesaré que casi los envidio a Uds.? Debe de ser reconfortante participar de una sugestión colectiva tan extensa como el ideario comunista y sentirse en armonía de pensamiento y sentimiento con porción tan considerable de la humanidad contemporánea. Y luego, la certidumbre de que eso es generoso, el placer de llenarse el corazón con un afecto noble y grande, la esperanza de ser considerado en el futuro entre los videntes que se anticiparon a su época y estuvieron en la primera fila de las avanzadas. . . . Todo eso es tentador y yo querría, cuando me acuerdo, cuando vuelvo la vista atrás, caer en esa tentación y dejarme también llevar por la corriente.

Pero no creo en la bondad humana. Las doctrinas tampoco me inspiran una fe robusta. Ninguna doctrina. Todas son buenas si las aplican hombres buenos, todas son malas si las llevan a la práctica malvados. La cuestión es mejorar al hombre, elevarlo, cultivarlo, moralizarlo. Pero ¿cómo? ¿Dándoles el poder a las masas? ¿Dándosela a las «élites»? ¿De qué fuente sacar el agua que pide nuestra sed?

En esta grave emergencia, yo le confieso a Ud. que el gran receptáculo de las clases inferiores, compuestas de hombres que no han podido surgir, me produce viva desconfianza. Los caminos están bastante abiertos en nuestros días para que las capacidades se demuestren y se impongan. Necesitan lucha, claro está; pero sin lucha no hay prueba ni demostración. En la sociedad sucede y debe suceder como la Naturaleza: se necesita un proceso de selección bastante rudo para mejorar la calidad de los productos y no conviene atenuar demasiado la aspereza de la batalla. Eso conduce al debilitamiento colectivo. Es triste. Pero la vida no es una fiesta. Hay injusticias, hay triunfos inícuos, derrotas desalentadoras, muertes calladas, posibilidades que se sofocan en la sombra. Falta preguntarse si quitando a los hombres de arriba y poniendo a los de abajo—o a los del medio—las condiciones mejorarían mucho; en una palabra, concretamente, si lo que se llama aristocracia u oligarquía posee menos virtud, menos talento, menos preparación que lo que se llama clase media o medio pelo y lo que se llama, con horrible e impropia palabra, proletariado. Para mí, proponer la cuestión significa resolverla. A priori y sin experiencias prácticas, resolvería en favor de las clases altas y contra las demás: el hecho de que un hombre o un grupo de hombres haya conseguido imponerse a los demás constituye una presunción igual a la certidumbre de que son más fuertes y más hábiles que los otros. Por lo menos—y aquí tocamos una evidencia de Pero Grullo—más hábiles y más fuertes para triunfar, para imponerse. Y queda el experimento, el vasto experimento de la Historia y, especialmente, de nuestra Historia, fecundísima, en ejemplos de toda clase, todos conducentes a probar cómo, si muchos ineptos subsisten debido «al peso de la noche», innumerables aptos han surgido a las primeras situaciones sociales, políticas y económicas desde las capas más oscuras. Ud. conoce nuestra historia republicana y no tengo para qué decirle cómo, entre los altivos pelucones, había numerosísimos provenientes de gente humilde, individuos salidos de la nada y que se elevaron mediante su seriedad, su honradez, su estudio y, también, su talento para adaptarse y su capacidad para mantenerse. Sólo que ahora padecemos una ilusión muy explicable: nos parecen grandes señores de nacimiento y, porque sus hijos disfrutaban de apellidos sonoros, se nos figura que también lo disfrutaron sus padres y sus abuelos. Aquí, a la segunda generación, cualquiera se transforma en oligarca y miembro de «las clases privilegiadas». Simple efecto de perspectiva e ignorancia de los hechos pretéritos. Nuestra aristocracia es muchí-

simo más democrática de lo que parece, tanto que ella misma lo olvida y se cree de origen noble. . .

Pase que las multitudes sin letras sufran esa ilusión y embistan contra los aristócratas de la sangre—a muchos de los cuales eso les procura un sutilísimo placer; pero Ud. mi querido amigo, y sus compañeros de Ud. verdaderamente no tienen el derecho de engañarse tanto. Ud. sabe y a cada rato está viendo que el campo está libre y más que libre. Gobiernos de ayer sacaron a puñados de todos los rincones del país «hombres nuevos», gente desconocida en todas las esferas, muchachos inteligentes que habían hecho buenos estudios unos, individuos maduros otros y con prestigio local o provinciano, la mayoría sin conexiones con la clase llamada superior o aristocrática. ¿Y se acuerda Ud. de los sueldos que esos hombres nuevos le sacaban al presupuesto? ¿Recuerda Ud. los automóviles, las fiestas, los escándalos, los latrocinios, las comisiones a Europa, los viajes fastuosos, la acumulación de prebendas y de puestos públicos? En cien años el viejo Chile jamás consumió tan fuerte tajada del patrimonio nacional. ¿Y Ud. querría meter otra vez la mano en ese depósito para extraer salvadores del país y entregarles la suma del poder público? ¿O querría Ud. meter el brazo más adentro aun y establecer la dictadura del proletariado con Ministros que no supieran firmar? Pero si ya hemos tenido todo eso, para dicha nuestra, días y meses, ya hemos palpado la realidad y hecho abundantes experimentos de socialización.

Mi querido amigo, la fe es una cosa muy bella; más aun, como dice el Catecismo, es una gracia de Dios. Sí, una gracia de Dios, un milagro, algo contrario a la experiencia, contrario a la razón a la verdad. La suya y la de esos místicos religiosos que tanto desdén le inspiran y que no deja de combatir, cuando el caso se presenta, son milagros, imaginación, poesía. Ud. es un poeta. Sus amigos también. Por eso les tengo simpatía y los creo permanentemente jóvenes, mientras yo me siento declinar hacia la vejez. Por eso también, como el divino Platón, si pudiera, los excluiría implacablemente del Gobierno de la República.

Todavía tenemos mucho que hablar.—A L O N E .